

LA MÁS ALTA RESPONSABILIDAD

Los psicólogos distinguen varias fases en el período que sigue al fallecimiento de un ser querido, comúnmente denominado período de duelo. La primera fase, de naturaleza irracional, consiste en negarse a aceptarlo. El gran dolor, el choque nervioso, la histeria incluso, se imponen sobre el sereno raciocinio y no queremos aceptarlo. Sobre todo si se trata de una muerte imprevista o de un trágico accidente, tal desgracia parece increíble y nuestra inteligencia la rechaza.

LA DIVINA PROVIDENCIA

La realidad acaba imponiéndose, si bien de forma relativa. Se acepta el triste acontecimiento, pero el espíritu, aun conmovido, parece buscar, en una segunda fase de rebeldía, una compensación, una contrapartida. Aquello no ha podido suceder por ley de vida. Alguien ha manipulado la situación, sacándola de su cauce natural, alguien tiene que pagar por ello.

Médicos, centros y personal hospitalario son, lógicamente, los primeros en afrontar, en la inmensa mayoría de los casos, esta injusta acusación. Se saltan las barreras de la directa responsabilidad del autor de la tragedia y se busca la de superiores niveles jerárquicos. Frecuentemente, par-

tidos políticos y tendencias ideológicas de diversa naturaleza aprovechan vergonzosamente el caso en su propio beneficio. Mueven y remueven indiferentes al incremento de dolor que ello pueda suponer para los afectados, buscando solamente el descrédito de los adversarios y, si es posible, la destitución o dimisión de alguno de sus altos cargos.

Y, antes o después, de forma unánime, todas esas miradas iracundas acaban dirigiéndose a Dios. Contra Dios, digamos con propiedad.

Esta exigencia de responsabilidad al Sumo Hacedor tiene un proceso similar,

muchas veces incluso coincidente, con la blasfemia. Es muy diferente la blasfemia del infeliz que accidentalmente se golpea un dedo con el martillo que está manejando, de la del sereno pensador que, ante una seria contrariedad, ofende a Dios fríamente. Tampoco es igual la blasfemia del ateo que la del creyente, aunque esto encierra una flagrante paradoja, porque el ateo, si no cree en Dios, ¿por qué le insulta? Obviamente, se trata más de una grosera muestra de su falta de educación que de una ofensa.

Lo cierto es que, en un acto de furiosa rebeldía, los dolientes familiares piden a Dios, exigen a Dios, no sé si decir compensación, justicia o venganza.

Hace unos días, en una charla sobre este tema, oí al ponente que esta imputación de responsabilidades a Dios es totalmente improcedente, puesto que Él no es el responsable de los males que afligen a la humanidad: guerras, crímenes abominables, grandes desastres naturales, una cruel enfermedad; la misma muerte, a la cabeza de todos ellos. Porque Dios, que es la Bondad infinita, no puede, afirmó, querer nuestro mal. Arduo tema en el que las cosas no parecen estar tan claras como este conferenciante afirmó.

Sus palabras trajeron a mi mente una de

las grandes acusaciones que secularmente se vienen haciendo a los católicos. Nos achacan que nuestra religión es la de las constantes prohibiciones y las amenazas de grandes castigos. La verdad es que hemos tardado siglos en reaccionar y explicar a todo el mundo que no es así, que la nuestra es religión de esperanza y serena alegría.

Pero cierto es que seguimos oyendo en nuestro entorno que lo que le ha pasado a Fulano es un castigo de Dios y

las madres más fervorosas amedrentan a sus niños diciéndoles que no sean malos porque Dios les castigará.

*La nuestra
es religión de
esperanza y
serena alegría*

En apariencia, nos encontramos ante dos planteamientos antagónicos. ¿Es Dios, como afirmaba el padre Astete en su celebrado catecismo, *un castigador de malos* o Él está al margen de los males que afligen a la humanidad, según aquel conferenciante? Me temo que, como en tantos otros aspectos, nuestros afanes por llevar el agua cada uno a su propio molino, ha creado un galimatías no fácil de desentrañar.

Con su gran capacidad de síntesis, san Agustín nos ofrece la solución al expli-



caros que Dios es una esencia infinita y eterna *en quien, de quien y por quien, viven todas las cosas (Soliloquios, libro I, capit.1)*. Es el concepto católico de la Providencia Divina, cuya explicación humana más certera, probablemente, es la de *inmersión*. Vivimos inmersos, sumergidos en Dios, que nos rodea, nos abraza en todos los momentos y circunstancias de nuestra existencia. Él mantiene la vida de todo lo creado, pero como consecuencia de la condición mortal del hombre, cuando llega el momento ineludible en que Dios retira de él su providencia personal, muere. Es el proceso, junto con el nacimiento, más natural de la existencia y todos lo aceptamos unánimemente... hasta que llega a nosotros y perdemos el norte del buen raciocinio.

El hombre religioso ha de ser consecuente consigo mismo. No puede ver a Dios, y así proclamarlo, detrás de los acontecimientos positivos de su vida, pero no de los negativos. Es decir, que ese abrazo envolvente suyo dura mientras las cosas van bien pero desaparece cuando van mal. Que no debemos ni podemos ver en Dios una especie de *gran ejecutor de las justicias* que con un rotulador rojo o acaso negro, va tachando de los grandes libros de la existencia

humana a quienes han de morir hoy. Ni Dios es ajeno o indiferente a los males que nos afligen, ni éstos son un castigo particular por nuestras culpas. Pero todo ello, lo bueno, lo indiferente y lo malo, acontece en el seno de su Providencia.

Es propio de la naturaleza humana aceptar con fervor lo que nos conviene y rechazar lo que no. Creemos a pies juntillas aquello de que somos los reyes de la creación. Damos un desmesurado valor a nuestra vida, hasta el punto de pensar que Dios ha de referir todas sus decisiones a ella, dándonos, además, cumplidas explicaciones. Y no es así. En el devenir de la existencia, ni las cosas

buenas que nos acontecen son premios ni las malas castigos personales. Hemos de tener la humildad de aceptar tanto lo uno como lo otro y limitarnos a seguir los mandatos que Dios nos ha dado y especialmente los que, de su mano, nos

llegan a través de nuestra propia conciencia. Con ello adquirimos la esperanza de que en la otra vida, la que realmente merece la pena, podamos recibir el premio que, ese sí, Dios expresamente nos ha prometido. Y la esperanza de librarnos de los castigos que por su incumplimiento, también expresamente, nos han sido advertidos.

Dios, nos abraza en todos los momentos y circunstancias de nuestra existencia



Y no sólo el hombre religioso, sino todo aquel que tenga un mínimo sentido de la realidad, ha de aceptar que, en gran medida, es el propio género humano el forjador de sus desgracias. Con su forma de vivir, de entender el progreso y la mejora de su calidad de vida, de tratar

Dios busca nuestro bien

su propio cuerpo y ponerse en riesgos innecesarios, es responsable, indirecto en ocasiones y muy directo en otras, de esas grandes desgracias por las que, quienes les sobreviven, acabarán pidiendo responsabilidad a Dios.

Mucho más allá del viejo desenfoco del premio o el castigo divino en esta vida, los católicos sabemos aplicar con provecho todo lo que Dios nos manda, bueno, menos bueno o malo. Pero somos humanos y siempre preferiremos el camino fácil.

Estos razonamientos pueden dar la falsa impresión de que, de la mano de san Agustín, lo que proponemos es una especie de consecuencia incidental y como tal secundaria, en el ser humano, de los planes universales de Dios. No es así. Para el Creador somos una criatura preferente y ha encauzado hacia el hombre, en su provecho, una serie de acontecimientos aparentemente aleatorios pero que, como para Dios no existe el azar, nada tienen, en realidad, de nuestra expresión *aleatoria*. Se trata de las denominadas *gracias actuales, auxilios o inspiraciones*, que no

son sino actuaciones directas, estas sí muy concretas en la vida de cada persona, mediante las cuales Dios nos reconduce; una especie de advertencias, de recordatorios, que nos sacan del error o de la indiferencia y nos orientan hacia el buen camino.

En ocasiones, estas gracias actuales son, en efecto, suaves toquecitos en el hombro, incluso dulces, amables; pero en otras se trata como de dolorosas descargas eléctricas: los momentos de total oscuridad espiritual, el grave revés económico, un desastre familiar, una muerte repentina, un trágico accidente. Y esos terribles de-



sastres naturales, terremotos, tsunamis, grandes inundaciones...

Dios busca nuestro bien y sabe cuáles son los medios que nos convienen en cada momento. Hemos de reconocer su mano detrás de estas actuaciones y, en vez de entregarnos a elucubraciones que exceden de nuestra capacidad, aceptarlas con humildad confiada.

SAN JOSÉ, MI PADRE Y SEÑOR

La Iglesia entera reconoce en San José a su protector y patrono. A lo largo de los siglos se ha hablado de él, subrayando diversos aspectos de su vida, continuamente fiel a la misión que Dios le había confiado. Por eso me gusta invocarle con un título entrañable: *Nuestro Padre y Señor* (San Josemaría).



San José, mi Padre y Señor, me llama la atención la facilidad con la que reconoces y asientes a la Voluntad de Dios. Quizá el secreto de tu **fe** y de tu obediencia está en las palabras del Evangelio: *Era justo*. Justo, en el lenguaje de la Escritura, es el hombre que, de todo corazón, quiere conocer y hacer la voluntad de Dios.

San José, mi Padre y Señor: Siempre he oído que, con su nacimiento en un establo, Jesús quiere enseñarnos, desde el primer instante, a amar la **pobreza**. Dios, Creador y Señor del universo, Rey de reyes y Señor de señores, ¿se hace hombre y tiene por cuna un pesebre! Jesús, María y tú vivisteis siempre gozosos esa virtud que nos da el título de personas libres. Tú, que eres maestro de todas las virtudes, enséñame y ayúdame a ser pobre de verdad. La pobreza es, antes de nada, pobreza de espíritu y consiste en reconocer sinceramente que sin Dios no somos nada, no podemos nada y no tenemos nada.

San José, mi Padre y Señor: Al huir a Egipto os convertisteis en inmigrantes. Un largo viaje, muchas horas de camino e incertidumbre al no saber qué os esperaba al día siguiente, pero con la seguridad de estar en las manos de Dios. Nunca dejasteis de ser felices, nunca perdisteis la paz que da obedecer a Dios, porque el secreto de la felicidad en la tierra es amar la Voluntad de Dios y **confiar** absolutamente en Él. Pase lo que pase. Lo que Él dispone es lo mejor para nosotros. Sabíais, además, que el Niño era el Mesías, que traía la Salvación para todos los pueblos y la resurrección de los hombres.

San José, mi Padre y Señor: ¡Eres **humilde**! El centro de atención de tu hogar se llama Jesús. Después está María. Y tú te consideras un privilegiado por poder amar y servir a los dos, permaneciendo siempre en un segundo plano. La humildad es la condición de todas las virtudes. Es aceptar la verdad sobre nosotros mismos y

